HARLEQUIN

Deseo™

JEFE GRIEGO



Mi jefe griego

ANNA CLEARY



Mi jefe griego

ANNA CLEARY



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Anna Cleary. Todos los derechos reservados.
MI JEFE GRIEGO, N.º 1705 - 17.2.10
Título original: My Tall Dark Greek Boss
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8153-1
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

Samos Stilakos se apoyó en la barra con expresión seria y se preguntó cómo demonios se había dejado convencer para ir al baile de disfraces del Banco Sirius.

Era un hombre de negocios, no un tipejo del mundo del espectáculo y, además, ¿dónde demonios estaba su pareja? Claro que ya daba igual. Pasara lo que pasara, no estaba cómodo. Era lo que solía ocurrirle en las fiestas. Siempre se quedaba mirando a los demás con ganas de salir corriendo, tomar un avión e irse a cualquier otro sitio.

Sam reparó en la decoración del hotel y se dijo que, para tratarse de un banco que estaba a punto de arruinarse, no habían reparado en gastos. Los empleados se lo estaban pasando en grande. No debían de tener ni idea de la que se les venía encima. Para empezar, si finalmente decidía hacerse cargo del banco, aquellas fiestas se iban a acabar.

–Siento mucho que Ellie no aparezca –se disculpó Stephen Fletcher, el director de Recursos Humanos del banco, que iba disfrazado de gángster–. ¿Se lo está pasando bien, señor Stilakos? –añadió sonriendo nervioso.

Sam se quedó mirando con incredulidad al ejecutivo.

–¿Así es como hacen ustedes negocios? ¿Se de-

dican a invitar a posibles clientes a sus fiestas privadas?

–No, claro que no –contestó Fletcher–. Solamente lo hemos hecho con usted porque queríamos que viera... queremos que entienda la política interna de Sirius. Nos gusta que nuestro equipo funcione. Realmente creemos que los empleados tienen que encontrarse bien para ser productivos.

–¿Me lo está diciendo usted en serio? –contestó Sam sonriendo estupefacto–. ¿De verdad creen que este despliegue de disfraces me va a convencer para comprar su banco?

–Sí, la verdad es que sí... aunque confieso que la idea no ha sido mía. Fue otra persona la que sugirió que había que enseñarle el rostro humano del banco para que conociera usted a la gente de verdad, en persona, para que supiera usted qué cara tienen sus posibles empleados, para que le quede claro que son seres humanos que necesitan sus trabajos.

Sam lo escuchaba maravillado. No era de extrañar que aquel banco tuviera problemas financieros.

–¿Y quién es esa persona que ha tenido la brillante idea? –quiso saber.

Fletcher sonrió esperanzado.

–Ellie –contestó–. Ellie O'Dea, su pareja. Es una de mis empleadas. Le va a caer fenomenal, ya verá, es una chica encantadora y, además, también es muy guapa. No creo que tarde mucho en llegar… a ver… –añadió poniéndose de puntillas para buscar a su subordinada.

Cuando se volvió a girar, se encontró con los ojos de Stilakos, que lo miraba con frialdad, y sintió que se le helaba la sangre en las venas.

–Gracias por su ayuda –le dijo con educación–. Fletcher, ¿no? –añadió haciendo que el aludido se estremeciera–. No quiero entretenerlo más. Gracias por todo. Vuelva a la fiesta.

–Pero… no, quiero presentarle a Ellie… –balbució.

Sin embargo, al ver que Stilakos lo miraba como si fuera una cucaracha, se encogió de hombros y se alejó apesadumbrado. Sam observó cómo se alejaba y, a continuación, se giró hacia las personas que estaban bailando.

Se sentía profundamente decepcionado. El Banco Sirius le había parecido una buena inversión, una atractiva propuesta para su empresa porque iba mal en el mercado de valores, lo que le permitiría comprarlo a precio de ganga y relanzarlo en muy poco tiempo como uno de los mejores… si no hubiera sido por aquellos empleados.

Para ser sincero consigo mismo, se aburría soberanamente. Los retos ya no le interesaban, ganar se había convertido en la norma. Eso también lo había animado a interesarse por el banco.

En aquel momento, una Cleopatra voluptuosa lo divisó a lo lejos y comenzó a avanzar hacia él. Sam pensó que no era el momento y sintió nostalgia de sus noches jóvenes, noches mágicas y misteriosas. ¿Qué había sido de ellas?

De repente, el ruido se le hizo ensordecedor, le pareció que el calor era insoportable, se soltó la corbata y buscó la puerta más cercana. Vio una puerta acristalada y se dirigió a ella, apartó unos globos y la abrió.

Necesitaba salir de allí.

Una vez fuera, la brisa marina lo envolvió y, en cuanto la puerta se cerró, el ruido desapareció. Sam tardó unos segundos en acomodarse a la oscuridad. Todavía estaban en primavera y hacía fresco por las noches, pero la brisa llevaba ya la promesa del verano como si se tratara del perfume de una mujer.

Sam se acercó a la barandilla. El hotel estaba en primera línea de playa y a lo lejos se divisaba el vasto océano. Se quedó escuchando las olas rompiendo en la orilla, inhaló aire profundamente para cargarse de vitalidad y se quedó mirando la luna, que estaba prácticamente oculta tras unas nubes.

Entonces, percibió que no estaba solo.

Alerta, inspeccionó la terraza y vio que, al fondo, había alguien.

–¿Hola? –saludó avanzando en aquella dirección.

Al oírlo, la silueta humana se quedó completamente quieta, como congelada. Sam siguió avanzando intrigado.

–¿Quién anda ahí? –insistió.

–No se acerque –le contestó una voz femenina muy autoritaria.

–¿Por qué? –quiso saber Sam parándose en seco.

–Porque está usted invadiendo mi espacio personal. Fuera.

Sam sonrió encantado.

–Estamos en una terraza pública. ¿Me va a decir que toda la terraza forma parte de su espacio personal? –se burló escudriñando la oscuridad.

La luna eligió aquel momento para abandonar su escondite detrás de las nubes y Sam sintió que el

corazón le daba un vuelco. Ante él apareció una mujer completamente vestida de blanco que parecía un ángel. Tenía el pelo casi por la cintura y lo llevaba suelto. Sam sintió que aquella persona no podía ser real y tuvo la sensación de estar viviendo en un cuento de hadas.

–No se acerque –le espetó la mujer–. No estoy de humor para charlar, así que quédese donde está.

Sam se rió.

–A mí tampoco me gusta charlar –comentó acercándose de todas maneras.

Desde cerca, comprobó que, por supuesto, la desconocida llevaba una máscara que le ocultaba el rostro.

–¿De qué se ha disfrazado? –murmuró–. Ah, sí, claro, de Titania, ¿no?, la reina de las hadas –añadió reconociendo la corona.

Ellie O'Dea se quedó mirándolo con los brazos cruzados. Tenía la sensación de que estaba viviendo la peor pesadilla de su vida. Mientras el desconocido se acercaba, se devanó los sesos para encontrar la manera de quitárselo de encima antes de que se diera cuenta de que la parte de arriba del vestido apenas le cubría los pechos.

–Sí, muy bien, muy listo. Ha sido un placer conocerlo –le dijo–. Mi novio está a punto de llegar, así que no hace falta que se quede usted haciéndome compañía.

Ellie no tenía novio, pero parecía que el truco había dado resultado porque el desconocido se había parado en seco.

Se trataba de un hombre alto. Debía de medir uno noventa. Era fuerte y, aunque no lo veía del

todo bien, parecía que tenía un rostro anguloso de pómulos altos y nariz recta.

Ellie tenía veintinueve años y sabía todo lo que había que saber sobre hombres guapos.

Sam se quedó mirándola de pies a cabeza. Era bastante alta, le debía de llegar por el hombro, no veía bien de qué color tenía el pelo, pero su piel pálida hacía juego con la luz de la luna. El vestido, que le llegaba por los tobillos, parecía hecho expresamente para ella, pues se movía con elegancia, marcaba su cintura y sus caderas. La parte de arriba iba sujeta con una cadena de plata que se cerraba en la nuca. Aunque la mujer tenía los brazos cruzados, era imposible no ver que sus pezones amenazaban con traspasar la tela.

Sam hizo un esfuerzo sobrehumano para no quedarse mirándole los pechos y se concentró en sus hombros. Estaba extasiado ante tanta belleza.

–¿Y a su novio no le importa que esté aquí sola?

–No estoy sola –contestó Ellie–. Me habría encantado estarlo, pero, como usted ha insistido en invadir mi espacio personal...

–Vaya, lo siento –se disculpó Sam girándose para irse–. Me voy –anunció sintiéndose culpable–. Que disfrute de la noche.

Había dado unos cuantos pasos para alejarse cuando ella habló.

–Espere un momento... por favor –le dijo.

Al oír su voz dulce y agradable, Sam sintió un escalofrío muy placentero por todo el cuerpo que hacía mucho tiempo que no sentía y se giró hacia ella.

–¿Está usted segura? No quiero ningún problema con su novio.

–Oh, no se preocupe por él –se apresuró a asegurarle Ellie–. No estaba... no le causará ningún problema... ¿Ha visto a Escarlata O'Hara? –le preguntó de repente.

–La verdad es que no sé cómo es Escarlata O'Hara –confesó Sam.

De repente, tuvo la certeza de que el novio de aquella mujer no iba a volver. Se moría por ver su cara, por quitarle la máscara. Lo poco que podía ver era que tenía unos labios que pedían a gritos que los besaran y una barbilla de lo más delicada.

Sam se volvió a acercar e hizo amago de quitarle la máscara, pero la desconocida dio un paso atrás y se lo impidió. Fue entonces cuando Sam se dio cuenta de que sostenía en una mano la cadenita de plata que se ataba al cuello.

–Vaya –comentó–, ¿se le ha roto? ¿Por eso está aquí escondida? –le preguntó–. Espero que lleve algo debajo –añadió en tono seductor.

La mujer no contestó, y Sam se dio cuenta de que estaba avergonzada.

–Ríase, sí, ríase –le dijo orgullosa–. Supongo que la situación se le puede antojar divertida a alguien sin corazón –añadió con la voz tomada por la emoción.

Sam se sintió culpable al instante.

–Lo siento –se disculpó–. Tiene razón. No es una situación divertida. ¿Tiene una horquilla o algo para arreglar el vestido?

La desconocida se quedó en silencio, como si no supiera si fiarse de él o no.

–Ya lo he intentado, pero no he podido –contestó por fin–. La tela se está rompiendo también

–añadió–. Es porque las alas pesan demasiado –añadió señalando unas alas blancas que había en el suelo a su lado–. Se supone que tenían que ir sujetas aquí y aquí –concluyó dándose la vuelta para indicarle los lugares.

Al ver su espalda desnuda, Sam sintió que la boca se le secaba y se imaginó recorriendo su columna vertebral con las yemas de los dedos y con los labios.

–Creo que no hay nada que hacer –suspiró la mujer–. He asumido que, tarde o temprano, el vestido entero se va a romper, así que le he pedido a una amiga que fuera a casa y me trajera otro.

Sam se dijo que debía de ser cierto que no tenía corazón porque aquella mujer estaba en una situación muy embarazosa y él no podía dejar de pensar en besarla y acariciarla.

En aquel momento, la brisa comenzó a ser un poco más fuerte y Titania se estremeció. A Sam le habría gustado llevársela a la playa, tumbarla sobre la arena y... pero tenía frío.

–Tome –le dijo quitándose la chaqueta y colocándosela sobre los hombros.

–Vaya –se sorprendió ella–. Muchas gracias… la verdad es que no esperaba… es usted muy amable.

A continuación, se cerró la chaqueta, que le quedaba grande, pero le daba un aire de lo más sensual. Sam decidió que quería rescatarla, llevarla a un lugar en el que se sintiera sana y salva.

–No se puede quedar toda la noche aquí –comentó–. ¿Qué le parece si la llevo a casa?

Ellie detectó cierto deseo en su voz grave y su antena sexual comenzó a calibrar. Aquel hombre

era un diablo encantador de sonrisa maliciosa y ojos preñados por la pasión. No estaba ella como para ponerse a ligar, pero el desconocido era realmente guapo y parecía civilizado y sofisticado.

¿Cuánto tiempo hacía que un hombre tan increíble se fijaba en ella? Ellie se fijó en que no llevaba alianza, aunque sabía que eso tampoco quería decir que no estuviera casado. El mundo estaba lleno de hombres atractivos dispuestos a romperte el corazón, pero sin ninguna intención de casarse ni de formar una familia. ¿Por qué, si no, había tantas mujeres solas en el mundo?

Claro que, por otra parte, parecía amable y educado. Por lo menos, le había prestado la chaqueta.

Cuando sus ojos se encontraron, Ellie sintió un escalofrío por todo el cuerpo que la obligó a hacer un gran esfuerzo para no ceder ante la atracción sexual.

–No creo que Charmaine… o sea Escarlata… tarde mucho en volver –contestó.

–¿Cuánto tiempo lleva aquí?

–Una o dos horas –confesó Ellie encogiéndose de hombros–. Desde luego, ésta no es mi noche.

–Eso todavía se puede arreglar –comentó el desconocido con un brillo especial en los ojos–. Venga, la llevo a casa.

Ellie dudó.

–La verdad es que no debería irme a casa. Se supone que tengo que ayudar en la fiesta –contestó.

Sí, y también se suponía que tenía que conocer a un viejo multimillonario griego que era la última esperanza del banco.

–¿Trabaja usted… en el banco? –le preguntó.

–No –contestó el desconocido–. ¿Ninguna de sus amigas se va a quedar a dormir esta noche en el hotel? A lo mejor le pueden dejar algo de ropa.

–No, los únicos que se quedan en el hotel son los peces gordos –contestó Ellie.

El desconocido enarcó las cejas como si no le hubiera gustado el comentario, pero se encogió de hombros y se quedó pensativo.

–Tenga –le dijo Ellie devolviéndole la chaqueta.

–No, no, quédesela –le dijo él con una sonrisa radiante–. Se me acaba de ocurrir una idea. ¿Qué le parece si, para que no tenga que seguir esperando a Charmaine, hablo con el personal del hotel y le digo que le traigan ropa? Se podría cambiar usted en mi habitación. ¿Qué le parece?

Ellie se dijo que, aunque se hubiera jurado a sí misma no enamorarse nunca más, no era una monja de clausura. Mientras acariciaba la chaqueta, que olía a hombre rico y glamuroso, se preguntó si sería capaz de hacer algo arriesgado por una vez en su vida.

Sam la miró de manera inequívoca, como sólo un hombre mira a una mujer cuando la desea, y Ellie decidió lanzarse.

–Está bien –accedió.

A continuación, permitió que el desconocido la guiara hasta los ascensores. Hubo suerte y había uno esperando. Nadie reparó en ellos. Una vez en el ascensor, donde había luz, le pareció que el desconocido debía de andar por los treinta y muchos. Tenía los ojos azules y el pelo negro y lucía un brillo travieso en los ojos. Además, tenía la piel bron-

ceada, lo que le confería la perfección de un dios griego.

Ellie sintió que la sangre comenzaba a agolpársele en las sienes.

–¿Se va a quedar mucho tiempo? –le preguntó intentando mantener la calma.

–No, supongo que podríamos decir que soy un invitado del banco –contestó Sam–. Ni siquiera pensaba utilizar la suite, pero... ahora parece que sí lo voy a hacer –añadió sonriendo con picardía y tendiéndole la mano–. Me llamo Sam.

Ellie se dijo que aquel nombre no era muy normal para un australiano de origen griego y, entonces, se dio cuenta. Evidentemente, Sam venía de Samos Stilakos. Sí, no había duda. ¿Cuántos griegos ricos iba a haber en aquel hotel precisamente aquella noche?

Ellie le estrechó la mano. Al hacerlo, sintió una descarga eléctrica por todo el cuerpo.

–Encantada.

Mientras se abrían las puertas del ascensor, Ellie pensó en los rumores que llevaba mes y medio oyendo en la cafetería sobre aquel hombre. Samos Stilakos tenía reputación de ser un hombre de negocios desalmado y en el banco tenían miedo de que fuera a descabezar a los jefes de departamento.

–¿Y usted cómo se llama? –quiso saber.

–Prefiero no darle mi nombre –se rió Ellie nerviosa.

Sam la miró con el ceño fruncido.

¡Se debía de creer que hacía esas cosas continuamente! ¡Se debía de creer que ir a la habitación